

PENÍNSULA ODISEAS



Viaje al Congo
André Gide

Viaje al Congo

André Gide

Traducción de Palmira Feixas

ediciones península

Título original: *Voyage au Congo*

© Éditions Gallimard, 1927

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2004

Primera edición en este formato: mayo de 2018

© de la traducción del francés: Palmira Feixas Guillamet, 2018

© del prólogo: Constantino Bértolo Cadenas, 2010

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

LIBERDUPLEX - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 7-533 - 2018

ISBN: 978-84-9942-690-7

ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>Viaje al Congo</i> : la construcción de una identidad, de Constantino Bértolo	9
1. Las escalas: Brazzaville	31
2. El lento ascenso del río	47
3. En coche	71
<i>Apéndice al capítulo 3</i>	91
4. La gran selva entre Bangui y Nola	99
5. De Nola a Bosoum	121
6. De Bosoum a Fort-Archambault	173
7. Fort-Archambault, Fort-Lamy	193
<i>Apéndice al capítulo 7</i>	239
Notas	245

LAS ESCALAS: BRAZZAVILLE

21 de julio. Tercer día de travesía

Una languidez indecible. Horas sin contenido ni contorno.

Tras dos días de mal tiempo, el cielo vuelve a estar azul, el mar en calma y el aire templado. Una bandada de golondrinas sigue al barco.

Nunca se acuna suficiente a los niños en su más tierna infancia. E incluso me atrevería a decir que, para apaciguarlos y dormirlos, deberían utilizarse unos aparatos que pudieran balancearse mucho. Como me educaron siguiendo métodos racionales, dormí siempre en camas fijas, por orden de mi madre, razón por la cual hoy soy particularmente propenso al mareo.

Pero lo aguanto; trato de domar el vértigo y constato que, desde luego, aguanto mejor que muchos pasajeros. El recuerdo de mis últimas seis travesías (Marruecos, Córcega y Túnez) me sosiega.

Los compañeros de travesía: administradores y comerciantes. Creo que somos los únicos que viajan «por placer».

—¿Qué va a buscar allí?

—Espero a estar allí para saberlo.

Me lancé a este viaje como Curcio al abismo. Ya no me parece que fui yo quien lo decidí (aunque durante meses mi voluntad me empujara hacia él), sino más bien que fue algo que se me impuso por una especie de fatalidad ineluctable, como todos los acontecimientos importantes de mi vida. Y casi me olvido de que no es más que un «proyecto de juventud realizado en la edad madura»; no tenía ni veinte años cuando me prometí hacer este viaje al Congo; de eso hace treinta y seis años.

Releo, con sumo deleite, todas las fábulas de La Fontaine, desde la primera. No entiendo que se pueda decir que el autor carece de alguna virtud. Quien sepa mirar podrá encontrar en su obra huellas de todo; pero hace falta un ojo avisado, pues a menudo su pincelada es muy sutil. Tiene una cultura maravillosa. Es sabio como Montaigne y sensible como Mozart.

Ayer, al amanecer, cuando limpiaban el puente, se inundó mi cabina. Entró un raudal de agua sucia en la que nadaba lastimosamente el precioso librito de Goethe *letherbound* que me dio el conde Kessler (en el que releo las *Afinidades*).

25 de julio

Cielo de un gris uniforme, de una suavidad extraña. Este lento y constante descenso hacia el sur nos llevará a Dakar esta noche.

Ayer, peces voladores. Hoy, manadas de delfines. El comandante les dispara desde el puente de mando. Uno de ellos muestra su vientre blanco, del que sale un chorro de sangre.

Se avista la costa africana. Esta mañana, una golondrina marina ha chocado contra la borda. Admiro sus patitas palmeadas y su extraño pico. No forcejea cuando la cojo. La sostengo unos instantes en la palma de la mano; luego alza el vuelo y se pierde por el otro lado del barco.

26 de julio

Dakar, por la noche. Calles rectas desiertas. Sombría ciudad dormida. Imposible imaginar nada menos exótico, más feo. Un poco de animación delante de los hoteles. Terrazas de cafés iluminadas con una luz violenta. Risas vulgares. Seguimos una larga avenida que pronto deja atrás la ciudad francesa. Alegría de encontrarnos entre los negros. En una calle transversal, un pequeño cine al aire libre, en el que entramos. Detrás de la pantalla, unos niños negros están acostados en el suelo, al pie de un árbol gigantesco, una ceiba, sin duda. Nos sentamos unos segundos en la primera fila. Detrás de mí, un negro corpulento lee en voz alta el texto de la pantalla. Nos marchamos. Y seguimos vagando durante mucho rato; pronto estamos tan cansados que solo pensamos en dormir. Pero en el Hôtel de la Métropole, donde hemos reservado una habitación, el alboroto de una fiesta nocturna, debajo de nuestra ventana, nos impide conciliar el sueño durante largo rato.

A las seis de la mañana volvemos al *Asie* para coger una cámara de fotos. Un carruaje nos lleva al mercado. Caballos esqueléticos, con los costados ásperos y ensangrentados, cuyas heridas han embadurnado con azul de Prusia. Dejamos ese triste carro para tomar un coche que nos lleva a seis kilómetros de la ciudad, cruzando descampados llenos de hordas de carroñeros. Algunos se posan en el tejado de las casas, como enormes palomas desplumadas.

Jardín de Pruebas. Árboles desconocidos. Matas floridas de hibiscos. Nos adentramos por estrechas avenidas para descubrir la selva tropical. Algunas mariposas bonitas, parecidas a grandes macaones, pero con una enorme mancha nacarada en el reverso de las alas. Cantos de pájaros desconocidos, que busco en vano entre el espeso follaje. Una serpiente negra muy delgada y bastante larga se desliza y huye.

Intentamos llegar a una aldea indígena, en medio de la arena, a orillas del mar; pero una laguna infranqueable nos separa de él.

27 de julio

Día de lluvia incesante. El mar, bastante encrespado. Numerosos enfermos. Unos viejos colonos se quejan: «¡Un día espantoso! No podría ser peor...». Al fin y al cabo, lo aguanto bastante bien. Hace un tiempo caluroso, bochornoso y húmedo, pero me parece que en París he pasado días peores; me asombra no sudar más.

El 29 llegamos frente a la costa de Conakry. Teníamos que desembarcar a partir de las siete, pero, desde el amanecer, una niebla espesa extravía al barco. Ha perdido la orientación. Tantean y sumergen la sonda una y otra vez. Muy poco fondo; muy poco espacio entre los arrecifes de coral y los bancos de arena. La lluvia caía con tanta fuerza que ya habíamos renunciado a bajar, pero el comandante nos invita a ir en su motora.

Larguísimo trayecto del barco al muelle, pero que da tiempo a que la niebla se disipe y deje de llover.

El comisario que nos lleva a tierra firme nos advierte de que solo disponemos de media hora y de que no nos esperarán. Saltamos a un carro tirado por un joven negro «flaco y vigoroso». Belleza de los árboles, de los niños con el torso desnudo, risueños, de mirada lánguida. El cielo está encapotado. Extraordinaria quietud y suavidad en el aire. Aquí todo parece augurar felicidad, voluptuosidad y olvido.

31 de julio

Tabou. Un faro bajo, que parece una chimenea de vapor. Algunos tejados perdidos entre el verdor. El barco se detiene a dos kilómetros de la costa. Demasiado poco tiempo para bajar a tierra, pero de la orilla llegan dos barcasas llenas de croumens. El *Asie* contrata a setenta para reforzar la tripulación, a los que repatriará

a su regreso. Hombres admirables en su mayoría, pero a los que solo volveremos a ver vestidos.

En una piragua minúscula, un negro aislado saca el agua que la invade golpeando el casco con una pierna.

1 de agosto

Una imagen del antiguo *Magasin Pittoresque*: el banco de arena en el Grand-Bassam. Paisaje completamente alargado. Un mar color té, en el que serpentean largas cintas amarillentas de espuma vieja. Y, aunque el mar esté casi en calma, una fuerte marejada esparce su espuma por la arena de la orilla. Detrás, un decorado de árboles muy recortados, muy simples, como dibujados por un niño. Cielo nublado.

En el muelle, un hormiguelo de negros empujando unas vagonetas. En el extremo del muelle, unos hangares; luego, a derecha e izquierda, cortando la línea de árboles, unas casas bajas, chatas, con la cubierta de tejas rojas. La ciudad está aplastada entre la laguna y el mar. ¿Cómo imaginar, muy cerca, justo detrás de la laguna, la inmensa selva virgen, la auténtica...?

Para llegar al muelle, cinco o seis tomamos asiento en una especie de balancín colgado de una eslinga con un gancho, que una grúa levanta y lleva por los aires, por encima del oleaje, hacia una barcaza, donde un torno lo deja caer pesadamente.

Te imaginas tiburones de juguete y pecios de juguete en naufragios de muñecas. Los negros desnudos gritan, se ríen y se pelean mostrando unos dientes de caníbal. Las embarcaciones flotan en el té, que arañan y layan con pequeños zaguales en forma de patas de pato, rojas y verdes, como los que se ven en las fiestas náuticas de los circos. Unos buceadores atrapan y guardan en una bolsa las monedillas que les echamos desde el puente del *Asie*. Esperamos a que las barcas se llenen; esperamos a que llegue el

médico del Grand-Bassam para entregar no sé qué certificados; esperamos tanto rato que los primeros pasajeros, que han bajado demasiado pronto a las chalanas, y a quienes los funcionarios del Bassam tienen demasiada prisa en recibir, se marean a causa del balanceo, las sacudidas y los empujones. Los vemos inclinarse a derecha e izquierda para vomitar.

Grand-Bassam. Una avenida ancha, cimentada en medio, bordeada de casas espaciadas, de casas bajas. Gran cantidad de lagartos gordos y grises que huyen de nosotros alcanzando el tronco del árbol más cercano, como si jugaran a las cuatro esquinas. Varios tipos de árboles desconocidos, de hojas anchas, que asombran al viajero. Una raza de cabras muy pequeñas y de patas cortas; machos cabríos un poco más grandes apenas que un terrier; parecen cabritos, pero ya tienen cuernos y dan tirones a un largo aguijón violáceo.

Las calles, transversales, van del mar a la laguna; esta, poco ancha en ese lugar, queda cortada por un puente que parece japonés. Una abundante vegetación nos atrae hacia la otra orilla, pero no tenemos tiempo. El otro extremo de la calle se pierde en la arena de una especie de duna; un grupo de palmas aceiteras; luego el mar, que no se ve, pero que revela el mástil de un gran buque.

Lomé (2 de agosto)

Al despertar, un cielo de chaparrón. Pero no; sale el sol; todo ese gris palidece hasta no ser más que un vaho lechoso y azulado; imposible expresar la suavidad de esta profusión de plata. La inmensa luz de este cielo velado, comparable al *pianissimo* de una gran orquesta.

Cotonú (2 de agosto)

Pelea entre un lagarto y una serpiente de un metro de largo, negra, con láminas blancas, muy delgada y ágil, pero tan ocupada en la lucha que podemos observarla de muy cerca. El lagarto forcejea y logra escaparse, pero abandonando la cola, que durante mucho rato continúa agitándose a ciegas.

Conversaciones entre pasajeros.

Me gustaría abrir una sección en este cuaderno, como en el *Quotidien*: «¿Es verdad que...?».

¿Es verdad que una compañía americana, instalada en Grand-Bassam, compra allí la caoba que luego nos revende como *mahogany* de Honduras?

¿Es verdad que el maíz que en Francia cuesta 35 céntimos solo vale...? Etcétera.

Libreville (6 de agosto), Port-Gentil (7 de agosto)

En Libreville, en este país encantador,

*donde la naturaleza da
árboles singulares y frutos sabrosos,*

la gente se muere de hambre. No saben cómo hacer frente a la carestía. Nos dicen que en el interior del país aún es más terrible.

La grúa del *Asie* recoge del fondo de la bodega las cajas, que levanta con una red de anchas mallas, y luego las deja en la chalana transbordadora. Los indígenas las reciben y se afanan entre grandes gritos. Es un milagro que una caja llegue entera, pues la apretujan, la golpean y la dejan caer. Algunas estallan como

vainas y esparcen su contenido de latas de conserva como si fueran semillas. Cojo una. F., el principal agente de una empresa de alimentación, a quien se la enseño, reconoce la marca y me asegura que se trata de un lote de productos estropeados que no ha encontrado comprador en el mercado de Burdeos.

8 de agosto

Mayumba. Lirismo de los remeros franqueando el peligroso paso del banco de arena. Las cantilenas y los estribillos de su canto ritmado se encabalgan.¹ Cada vez que el palo del zagual se hunde en el mar, se apoya en el muslo desnudo. Belleza salvaje de ese canto tristón, júbilo muscular, entusiasmo feroz. En tres ocasiones, la chalupa se encabrita, medio erguida fuera del oleaje, y cuando vuelve a caer nos inunda un enorme fardo de agua, que pronto secarán el sol y el viento.

Nos vamos a pie, los dos,* hacia la selva. Una avenida sombría penetra en ella. Extrañeza. Claros sembrados de algunas chozas de cañas. El administrador se nos acerca en un *tipoye*² y pone amablemente otros dos a nuestra disposición. Nos acompaña, aunque ya habíamos emprendido el camino de regreso, y nos adentramos de nuevo en la selva. A los veinte años no hubiera podido experimentar una alegría más viva. Gritos y saltos de los porteadores.

* El compañero de viaje de André Gide era Marc Allégret, su secretario y amante de la época, que realizó un documental sobre su periplo, titulado también *Viaje al Congo* (1927), estrenado el mismo año en que se publicaron los cuadernos de viaje de Gide, ilustrados con las fotografías de Allégret. Gide y Allégret, que se llevaban treinta y un años de diferencia, mantuvieron una relación amorosa inspirada en el ideal de maestro y discípulo de la antigua Grecia. A su regreso del Congo rompieron, pero continuaron siendo amigos hasta la muerte de Gide. Posteriormente, Allégret desarrolló una prolija carrera como cineasta. (*N. de la t.*)

Volvemos por la orilla del mar. En la playa, una huida desenfadada de manadas de cangrejos, encaramados sobre sus patas, semejantes a monstruosas arañas.

9 de agosto, siete de la mañana

Pointe-Noire.³ Ciudad en estado larval, que parece todavía en el subsuelo.

9 de agosto, cinco de la tarde

Entramos en las aguas del Congo. Alcanzamos Banana en la motora del comandante. Siempre que surge la ocasión de bajar a tierra firme, estamos preparados. Regreso al anochecer.

Tal vez la alegría sea igual de viva, pero tarda más en penetrarme; despierta un eco menos estruendoso en mi corazón. ¡Ojalá pudiera ignorar que la vida estrecha sus promesas ante mí...! Mi corazón late con la misma fuerza que a los veinte años.

Por la noche, lenta remontada del río. En la ribera izquierda, a lo lejos, algunas luces; un fuego de rastrojos en el horizonte; a nuestros pies, la aterradora profundidad de las aguas.

(10 de agosto)

Al pasar por Boma (en el Congo Belga), un absurdo contratiempo me impide ir a presentar mis respetos al gobernador. Aún no me he hecho a la idea de que, como jefe de misión, represento y soy, desde este momento, un personaje oficial. Me cuesta horrores hincharme para cumplir con este papel.

*Matadi*⁴ (10 de agosto), seis de la tarde

Salimos el 12, a las seis de la mañana, y llegamos a Thysville a las seis y media de la tarde.

Volvemos a marcharnos hacia las siete de la mañana y no llegamos a Kinshasa hasta que ya es noche cerrada.

Al día siguiente, travesía del Stanley Pool. Llegamos a Brazzaville⁵ el viernes 14 a las nueve de la mañana.

Brazzaville

Lugar extraño, donde no parece que haga tanto calor como para sudar así.

Cazando insectos desconocidos, revivo alegrías de la infancia. Aún no me he consolado de haber dejado escapar un hermoso longicornio verde hierba, con élitros adamascados, a rayas, cubiertos de surcos más oscuros o más pálidos; tenía el tamaño de un bupresto, con la cabeza muy ancha, armada de unas mandíbulas como tenazas. Lo traía desde bastante lejos, sujetándolo por el co-selete, entre el pulgar y el índice; cuando estaba a punto de meterlo en el frasco de cianuro, se me escapó y echó a volar enseguida.

Atrapé algunas bellas mariposas macaón, amarillo azufre con manchas negras, muy comunes; y otra un poco menos frecuente, parecida al macaón pero más grande, amarilla con rayas negras (que había visto en el Jardín de Pruebas de Dakar).

Esta mañana hemos vuelto a la confluencia del Congo y del Djoué, a unos seis kilómetros de Brazzaville. (Estuvimos ayer durante la puesta de sol.) Pequeño pueblo de pescadores. Extraño lecho de río seco, trazado por una incomprensible acumulación de *boulders* casi negros; parecía la morena de un glaciar. Saltamos por

esas rocas redondeadas, de una a otra, hasta la ribera del Congo. Pequeño sendero, casi al borde del río; cala sombreada, con una gran piragua amarrada. Numerosas mariposas, muy variadas; pero solo tengo una red sin mango y se me escapan las más hermosas. Llegamos a una parte más poblada de árboles, justo en el borde del afluente, cuyas aguas son sensiblemente más límpidas. Rodeamos una ceiba enorme, con una base monstruosa; de debajo del tronco mana una fuente. Cerca de la ceiba, un *Amorphophallus* violeta púrpura, con un tallo espinoso de más de un metro. Rompo la flor y, en la base del pistilo, encuentro un hervidero de pequeños gusanos blancos. Algunos árboles, quemados por los indígenas, se consumen lentamente por la base.

Escribo esto en el pequeño jardín de la agradabilísima cabaña que el señor Alfassa, el gobernador general interino, ha puesto a nuestra disposición. La noche es templada; ni un soplo de viento. Un incesante concierto de grillos y, como telón de fondo, otro de ranas.

23 de agosto

Tercera visita a los rápidos del Congo. Pero, esta vez, la hacemos más a consciencia y, además, guiados junto con algunos otros por el señor y la señora Chaumel, atravesamos un brazo del Djoué en piragua y llegamos hasta la orilla del río, donde la altura de las olas y el ímpetu de la corriente son especialmente fuertes. Un cielo radiante impone su serenidad a ese espectáculo, más majestuoso que romántico. Durante unos instantes, un remolino traza un surco profundo; salta una gavilla de espuma. Ningún ritmo; no comprendo las irregularidades de la corriente.

«¡Parece mentira que ningún pintor haya capturado este paisaje!», exclama uno de los invitados, mirándome. Se trata de una invitación a la que no pienso contestar. El arte requiere templan-

za y aborrece la grandiosidad. Una descripción no se vuelve más emocionante por hablar de diez en lugar de uno. Se ha criticado a Conrad porque, en *Tifón*, escamotea lo más duro de la tormenta. Yo, en cambio, le admiro por detener el relato precisamente en el umbral del horror, y por dejar jugar a la imaginación del lector, después de haberlo llevado hasta un grado de terror tal que parece difícil de superar. Pero es un error común creer que lo sublime de la pintura se debe a la grandiosidad del tema. Leo en el boletín de la Sociedad de Investigaciones Congoleñas (número 2): «Estas tormentas, de una violencia extrema, son, en mi opinión, la escena más hermosa de la naturaleza intertropical. Y, para acabar, lamento que entre los colonos no haya ningún músico capaz de convertirlos en música». Un lamento que no compartimos en absoluto.

24 y 25 de agosto

Proceso a Sambry.

Cuanto menos inteligente es el blanco, más tonto le parece el negro.

Se juzga a un pobre administrador, que fue enviado demasiado joven y sin suficientes instrucciones a un puesto demasiado apartado. Hubiera hecho falta un carácter fuerte, un valor moral e intelectual que él no tenía. A falta de ellos, para imponerse a los indígenas, recurrió a una fuerza precaria, espasmódica y desvergonzada. La gente se asustó, se alarmó; cuando se carece de autoridad moral, se intenta gobernar por medio del terror. Se pierde poder y, al cabo de poco tiempo, ya nada basta para domar el descontento creciente de los indígenas, a menudo perfectamente mansos, pero que se rebelan y a quienes sacan de sus casillas las injusticias, los malos tratos y las crueldades.⁶

Lo que parece desprenderse del proceso es, sobre todo, la falta de control. A los puestos apartados de la sabana solo habría que

mandar a agentes que ya hayan demostrado su valía. Mientras no tenga experiencia, un administrador joven debe ser controlado de cerca.

El abogado defensor aprovecha este asunto para hacer un proceso a la Administración en general, con fáciles efectos de elocuencia y gestos al estilo de Daumier, que yo pensaba que habían caído en desuso desde hacía tiempo. Prevenido del ataque, y para hacerle frente, el señor Prouteaux, jefe del gabinete del gobernador, se posicionó valerosamente a favor del ministerio público, cosa que a algunos les pareció «fuera de lugar».

Conviene señalar la pavorosa ineptitud de los dos intérpretes; son completamente incapaces de entender las preguntas que hace el juez, pero aun y así las traducen, muy deprisa y de cualquier manera, cosa que da lugar a confusiones ridículas. Cuando proponen a alguien que preste juramento, la gente repite: «Di que lo juras», entre las carcajadas del auditorio. Y, cuando transmiten las declaraciones de los testigos, se enredan en aproximaciones.

Al acusado solo lo condenan a un año de cárcel y se beneficia de la ley Bérenger.

No consigo formarme una opinión sobre la de los numerosos indígenas que asisten a los debates y que escuchan el veredicto. ¿La condena de Sambry satisface su idea de justicia...?

Durante la tercera y última sesión de este triste proceso, una bellísima mariposa revolotea por la sala del tribunal, cuyas ventanas están todas abiertas. Tras dar numerosas vueltas, inesperadamente se posa en el pupitre ante el que estaba sentado, donde logro atraparla sin dañarla.

Al día siguiente, recibo la visita del señor X, uno de los jueces asesores.

—¿Quiere saber cuál es el secreto de todo esto? —me dice—. Sambry se acostaba con las mujeres de todos los milicianos que estaban a sus órdenes. No se puede ser más imprudente. En cuanto se deja de controlarlos, esos guardas indígenas se vuelven terribles. Casi todas las crueldades que se imputan a Sambry son obra suya. Pero todos han testificado contra él, como ha visto usted.

Tomo estas notas demasiado «para mí»; me doy cuenta de que no he descrito Brazzaville. Al principio, todo me encantaba: la novedad del clima, de la luz, del follaje, del canto de los pájaros, y también de mí en medio de todo eso, de manera que, por exceso de asombro, no encontraba nada más que decir. No sabía el nombre de nada. Admiraba las cosas de una forma indistinta. No se escribe bien en plena embriaguez. Yo estaba achispado.

Luego, pasada la primera sorpresa, ya no me causa ningún placer hablar de lo que me gustaría abandonar. El único encanto de esta ciudad, enormemente extensa, se debe al clima y a su situación, cerca del río. Comparada con ella, Kinshasa parece horrorosa. Pero Kinshasa tiene una vida intensa, y Brazzaville parece que esté dormida. Es demasiado vasta para la poca actividad que se despliega en ella. Su encanto está en su indolencia. Me doy cuenta, sobre todo, de que no se puede tener un contacto real con nada; no es que todo sea ficticio, pero se interpone la pantalla de la civilización, y todo entra en ella tamizado.

Y no dudo de que habría mucho que aprender sobre el funcionamiento de los engranajes de la Administración en particular; pero, para entenderlo bien, primero habría que conocer el país. En cambio, lo que sí empiezo a vislumbrar es la extraordinaria complicación, la superposición de todos los problemas coloniales. La cuestión del ferrocarril de Brazzaville a Pointe-Noire sería especialmente interesante de estudiar; pero solo sé lo que me cuentan, y todos los relatos que oigo se contradicen,

lo que me lleva a desconfiar de todos y de cada uno. Se habla mucho de desorden, de falta de previsión y de negligencia... Solo quiero considerar cierto lo que veo yo mismo o puedo controlar suficientemente. Sin intérprete, ¿cómo puedo hacer preguntas a los sara con los que me encuentro, a esos sara altos y fuertes que hacen venir de la región del Chad para las obras del ferrocarril? Y estos todavía no saben nada: acaban de llegar. Están ahí, delante del ayuntamiento, en tropel, respondiendo cuando pasan lista y esperando el reparto de la mandioca que otros indígenas traen en grandes cestos. ¿Cómo puedo saber si es verdad que, entre los que les han precedido en las obras, la mortalidad ha sido, como nos cuentan, desoladora?... Soy demasiado nuevo en el país.⁷

Contratamos, al tuntún, a dos criados y a un cocinero. Este último, que responde al nombre ridículo de Zezé, es horrendo. Es de Fort-Crampel. Los dos criados, Adoum y Outhman, son árabes de Ouaddaï, a quienes este viaje hacia el norte acercará a su patria.

30 de agosto

Embotamiento, tal vez disminución. Pierdes la vista, el oído se endurece, de ahí que los deseos, sin duda más débiles, no te lleven tan lejos. Lo importante es que se mantenga la ecuación entre el impulso del alma y la obediencia del cuerpo. Ojalá que, incluso entonces, cuando envejezca, pueda mantener la armonía. No me gusta en absoluto el orgulloso endurecimiento del estoico, pero el horror a la muerte, a la vejez y a todo lo que no puede evitarse me parece impío. Me ocurra lo que me ocurra, quisiera devolverle a Dios un alma agradecida y alegre.

2 de septiembre

Congo Belga. Cogemos un coche hacia Leopoldville. Visita al gobernador Engels. Nos aconseja que sigamos hasta Coquillatville (Equateurville) y nos propone poner un ballenero a nuestra disposición para regresar a Liranga, a donde pensábamos ir directamente.

Nuestra veranda está abarrotada de cajas y de paquetes. El equipaje debe fraccionarse en cargas de veinte a veinticinco kilos.⁸ Cuarenta y tres cajas pequeñas, bolsas o baúles, que contienen el aprovisionamiento para la segunda parte del viaje, se mandarán directamente a Fort Archambault, a donde le prometimos a Marcel de Coppet que llegaríamos en Navidad. Para el rodeo por el Congo Belga solo nos llevaremos lo «estrictamente necesario»; encontraremos el resto en Liranga dentro de diez días, transportado por el *Largeau*. Brazzaville ya no nos ofrece nada nuevo; estamos impacientes por ir más lejos.